

VIII. LAS RELACIONES PUBLICAS (COMENTARIO AL MARGEN)

H. M. Reed

Dadme un brasier
y os levantaré una carpa,
Traete a tu mujer
p'a que mueva las. . . petacas,
traime a tus hijas
para que hagan lagartijas;
y ya verás
qué buenas están.
Traiga a sus tías
para que l'hagan de arpías,
y. . .
traí a tu abuela en pelotas
p'a que no muela.
¡Fuera las fajas,
salten los postizos,
que huele a león! . .
(Anónimo-1966)

En una de esas tardes lluviosas de este México sin clima, caminaba por las calles del intemporal San Angel. La lluvia fina empapaba mi rostro; en eso, me llamó la atención un letrerillo que pendía de los retorcidos hierros de una reja colonial: *Sólo para locos*. Mil imágenes asaltaron mi mente, y cuando me disponía a continuar mi penosa caminata, un coro de adolescentes enmascaradas me asaltaron atrevidamente, vendiéndome boletos para el estreno de. . . *¡El lobo estepario!* Así que, con curiosidad, crucé la reja colonial, me senté en una silla de "Corona Extra", bajo un gran árbol y esperé la primera llamada. Había lodo en el piso del patio, y, a la derecha, una estructura de madera que asemejaba una jaula, allí iba a ser el espectáculo, bajo hermosos árboles vetustos; llovía, y alguien repartió tiras de plástico que la multitud jaloneaba en un casi vano intento de no mojarse.

Por fin, entre lluvia y resbalones, se inició la obra, y poco a poco, la algarabía que había entre el público se fue apagando. Ante todos se desplegó un Teatro Mágico: *El lobo estepario* se exhibía en un extraño circo. Apareció Goethe y dialogó con el cautivo Harry Haller, mientras, una prostituta escandalizaba a una recatada institutriz. Esto y un sinfín de ideas y situaciones se presentaron ante nuestros atónitos ojos; al acabar la obra, la tormenta ya había cesado. El público pedía a grito pelón que saliera el elenco, que se escondía, en medio de un charco, detrás de unas tambaleantes mamparas, las cuales cedieron y el grupo experimental recibió un sonoro aplauso y varias porras. En medio del tumulto de reporteros y de efusivos espectadores, que parecían no querer ya retirarse, logré escapar, escuchando a mi paso frases y proclamas sobre un nuevo teatro y una nueva expresión humana; fue entonces que me di cuenta que estaba en una escuela de arte.

Pasó el tiempo, una amiga y el destino me llevaron a participar en unos programas de televisión cultural. Cuál sería mi sorpresa al enterarme de que las personas que componían el coro de poesía eran las mismas que vi presentando aquel *Lobo estepario* en San Angel. Para esas fechas, ya estaba en filmación la versión cinematográfica de la obra de teatro.

El vestuario del film se logró saqueando sótanos y roperos de abuelas despistadas, lo cual dio veracidad a la ambientación de la película. La compañía se desplazó a varias partes de la República; se filmaba en bosques, en valles, en iglesias y en plantas eléctricas; hubo noviazgos, embarazos, disputas, reconciliaciones y mil peripecias que se tuvieron que solventar. Hasta un ciclón casi aniquila a la compañía durante el rodaje en Pie de la Cuesta.

No obstante, aparte de los incidentes normales y aquellos fuera de lo común, la filmación concluyó sin nada que lamentar.

En los periódicos se hablaba de un grupo de estudiantes universitarios que filmaban *El lobo estepario* de Hermann Hesse. Tal parecía que la aristocracia de la Revolución Mexicana se conmovía con tal suceso. Y no era para menos, pues sin querer varias dependencias gubernamentales y otras tantas culturales y universitarias, se vieron envueltas en el asunto, aparte de más de un centenar de particulares: actores, extras y técnicos que, de repente se vieron filmando una gran superproducción del más puro estilo hollywoodesco.

Los artistas, en su mayoría, debutaban, y sin premeditaciones se inició un profundo cambio en sus vidas; hubo matrimonios, descubrimiento de valores, vocaciones y demás, pero más que nada se halló un móvil importante: crear.

Cada quien puso lo mejor de su persona, y en gran armonía se aportaba lo que se podía, procurando siempre salir de lo ya establecido, y a la vez, se hurgaba en el teatro clásico y en el teatro japonés. Cada detalle se cuidó al extremo; las actrices cosieron, haciendo gala de lo aprendido en la escuela de arte, una gran carpa para la representación del Circo Mágico, que luego colgaron en un gigantesco taller mecánico. Todos los participantes, que día a día aumentaban por un extraño fenómeno de curiosidad, vibraban con la gestación de eso que sería su película, su anhelo, su gran realización.

Entonces fue cuando, en medio de los preparativos para que la película, ya terminada, se exhibiera en la Reseña Mundial de Cine de Acapulco, en 1967, y las especulaciones acerca de las delegaciones que asistirían al evento, tuvimos que participar en el proyecto de difusión de este inusitado film mexicano, contagiados del gran entusiasmo del grupo estudiantil. Las jovencitas, reveladas como noveles artistas, preparaban sus vestidos y modas, ensayando los lloriqueos, para lograr los permisos necesarios de sus familias, a fin de asistir a la inauguración. Todo era entusiasmo y alegría. Se me encomendó hacer los preparativos necesarios para que la versión doblada al inglés de dicha película se exhibiera en Londres. En el Viejo Continente, los arreglos para el estreno en el National Film Theatre iban sobre ruedas. La traducción, a cargo de un conocido poeta británico Jon Slaven y la novelista Hortense Hinchliff, y el doblaje, realizado por Stilman Seegar, estaban listos. Notifiqué a la Productora en México que sólo faltaba fijar la fecha exacta del acontecimiento. Obviamente, se hacía indispensable su autorización legal, así como la copia final del film. Pero la respuesta no llegó, insistí en preguntar y nunca se me respondió. . . La tierra de Isabel I parecía haber quedado fuera de los proyectos de difusión de la película.

Durante un Congreso Cinematográfico, celebrado en Praga, en 1969, me encontré al director del film. Lo acosé a preguntas y tan sólo pude sacar que había problemas después de la primera exhibición privada, por lo cual la película aún no había sido estrenada públicamente. Después, me aclaró que las autoridades de la Dirección de Cinematografía de México, dependiente de la Secretaría de Gobernación, se habían interesado mucho en el film, el cual iba a ser enviado a concursar a Oberhausen, donde tampoco llegó jamás; lo cual creó todavía más dudas en mí y decidí averiguar qué había pasado o qué pasaba.

Se me dijo que el film había sido robado por alguien. La productora me dejó entrever que el film podría estar escondido en un ropero. . . Escuché historias trágicas, románticas, desgarradoras, escatológicas; pero nadie me dijo qué pasó. Recibí cartas suplicantes, intrigadoras y reveladoras de inusitados problemas íntimos que, aunque se relacionaban con el destino del film, no aclaraban el paradero del mismo.

Aún ahora, después de tantos años, existe la duda: *¿Qué pasó con el lobo?*